

LA VOCACIÓN PROFESIONAL

Por Don JUAN ZARAGÜETA

Catedrático de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio y Académico de la de Ciencias Morales y Políticas

DE los múltiples temas que representan en este Congreso otros tantos aspectos del vasto asunto de la orientación profesional, se me ha asignado el tocante a la *vocación profesional*. Tema que sea, quizás, el que «más suene» a los oídos del totalmente profano en este linaje de estudios; tema, no obstante, que no vacilo en calificar de «menos trabajado» dentro de esta nueva rama de las disciplinas pedagógicas. Por eso, sumado a mi menor competencia, no me atrevo a ofreceros aquí, al igual de mis compañeros, un acabado estudio del sector del problema total a cada uno encomendado; harto haremos, tocante al mio, con orientarnos en esto de la orientación profesional considerada en su aspecto estrictamente vocacional. Vuestra benevolencia querrá disimular y vuestra sobrada ilustración y fino criterio sabrán suplir cuanto falte a un pensamiento todavía no maduro y a una expresión acaso excesivamente ceñida por las angustias de tiempo ante la complejidad e importancia del problema de la vocación profesional.

I

Decía poco ha que el tema de la vocación pudiera parecer familiar incluso a los no iniciados en esta clase de estudios. La palabra «vocacion» es, en efecto, de honda raigambre en la lengua castellana, y aún pudiéramos añadir de abolengo estrictamente religioso. Desde la «vocación» de Abraham, padre de los creyentes, pasando por la «vocación» de la gentilidad al Cristianismo de que nos habla San Pablo, hasta la «vocacion» ya más estricta al estado sacerdotal o al religioso, nadie ignora el amplio papel que esta palabra y el concepto que representa desempeñan en la vida religiosa y más propiamente eclesiástica. Y este papel no es tan ajeno, antes al contrario, a lo que tal palabra y concepto significan en el orden de cosas a que nos referimos al hablar de «orientación profesional». Puede decirse, en efecto, en honra suya, que nadie antes que la Iglesia o tanto como ella se ha preocupado de la selección de los candidatos a una función social, en su caso, al desempeño del ministerio sacerdotal o al ingreso en el estado religioso. Las expresiones «tener vocación», «carecer de vocación», «perder la vocación», han venido a ser de uso corriente en este dominio. Pero no se han limitado a él. Como ha ocurrido en tantos otros, han pasado rápidamente al uso que pudiéramos llamar profano, y se aplican fácilmente a algo equivalente en orden a los grandes intereses temporales de la vida humana: la ciencia o el arte, la industria o la economía, el mando o la milicia, etc.

El sentido etimológico de la palabra «vocación» nos pone sobre la pista de la legitimidad de esta asimilación, y con ella del verdadero contenido del concepto que representa. «Vocación» viene del latín *votare o vocari*, que significan respectivamente «llamar» o «ser llamados»; y ambos verbos en infinitivo se relacionan con el sustantivo *vox*, equivalente al castellano «voz». Es evi-

dente en todo ello la alusión al lenguaje, y particularmente al lenguaje que pudiéramos llamar «externo» o social, por el que nos comunicamos unos con otros.

Socialmente, en efecto, toda conversación entre dos personas se inicia explícita o implícitamente con un «vocativo», es decir, con un caso sin más finalidad que la de llamar la atención del interlocutor para que nos escuche, recibiendo pasivamente la impresión que en él queremos producir o respondiéndolo ya más activamente al requerimiento de que a su vez la produzca en nosotros. Cuando este interlocutor es un inferior y subordinado nuestro, al cual invitamos al desempeño de una misión o a la prestación de un servicio, el así invitado bien podrá decir que ha sido «llamado» por la autoridad, y nos hallaremos ya frente a un caso típico de vocación. Sin embargo, es indudable que, al proceder así la autoridad, no lo habrá hecho caprichosamente, sino inducida a su vez y aconsejada, cuando no obligada, por la suma de cualidades que hacían de aquel sujeto un candidato idóneo para la función que se trataba de encomendarle. Radicando estas cualidades en el «interior» de su personalidad, bien puede decirse que el concepto de una vocación puramente «externa», limitada a la «llamada» de un hombre por otro en aras de un interés común, tiende a interiorizarse e individualizarse en cuanto se trata de sondear los fundamentos de esta relación en un principio social. Pero si al llamar yo a otro para una tarea en la que no me basto, lo hago por la probada y quizá excepcional suficiencia del así requerido, ¿no se podrá decir que, anterior e independientemente de mi requerimiento, aquél se hallaba ya de algún modo y en cierto sentido «llamado» a la realización de su tarea? ¿Llamado por quién? se dirá. Llamado por la propia voz interior de su conciencia, que en trances decisivos de la historia o de la vida humana, bien puede ser escuchada como la propia voz de Dios. De ahí el matiz más o menos acentuadamente religioso que, aún en materias profanas, reviste frecuentemente el concepto de vocación, hasta tal punto, que diccionarios bien acreditados no vacilan en definirla como una «inspiración con que predestina la Providencia a una criatura para un papel determinado».

Sin entrar, no obstante, en estas derivaciones trascendentales de nuestro tema, que plantean delicados problemas de filosofía de la historia, bien podemos destacar, de lo ya dicho, los dos aspectos o puntos de vista que ofrece el asunto de la vocación, como el de las aptitudes profesionales: el aspecto de la *selección* y el de la *orientación* propiamente dicha; el primero que responde a la preocupación del que, necesitando de una persona para un cargo, busca al hombre «llamado» a desempeñarlo; el segundo que refleja la inquietud de quien, aspirando a un cargo para una persona, inquiere la profesión a la que puede esta razonablemente juzgarse «llamada», estribando en la fidelidad a esta apelación la clave de su éxito en la vida.

Pero, ¿cuáles son los caracteres constitutivos de una «vocación», punto de partida de todo problema, así de selección como de orientación profesionales?

En un sentido amplio, todo hombre es llamado y se siente llamado a algo en el curso de su vida. Es verdad que, en ocasiones, las impresiones del mundo exterior se anticipan a nuestra propia actividad, produciendo en nosotros un efecto que pasivamente recibimos. Para una persona dormida, el timbre de su despertador es ante todo percibido como un hecho brutal, que saca a su espíritu de la inercia en que se hallaba sumido. Pero despertarse es algo más que reanudar con el recuerdo del día anterior una vida mental brevemente interrumpida; es disponerse a actuar de nuevo sobre el mundo que nos solicita; es preparar el porvenir de nuestra existencia en el germen de un presente previsor y fecundo. Por eso los llamados objetos externos, rara vez son acogidos por la conciencia a título de elementos extraños, de huéspedes indiferentes; las más de las veces provocan en el espíritu una *reacción* o respuesta propiamente activa, que a la larga se traduce en *iniciativas* de apariencia puramente espontánea, pero en el fondo verdaderas descargas de energía potencial acumulada en el incesante comercio de nuestro ser con el mundo exterior. Reacciones o iniciativas, los movimientos activos de nuestro ser, en su doble aspecto orgánico y mental, tienen su punto de partida, pero también su punto de llegada, respecto del cual bien puede decirse que responden a una «vocación».

Desentrañemos un poco más este concepto, tan importante para la debida comprensión de la función vocacional.

Todo hombre—decíamos—se siente llamado a algo en el curso de su existencia. La vida

humana es una constante tensión del arco de nuestra actividad hacia el blanco de los objetos que la solicitan. Aquí hallamos los tres elementos esenciales del fenómeno: el arquero como sujeto y causa original de todo el proceso; el arco en tensión constituido por la doble *actividad* muscular por un lado, mental por otro; y como blanco los objetos constitutivos del llamado mundo exterior—físico y social—y aún del mundo interior de nuestra propia conciencia cuando en virtud de la reflexión lo exteriorizamos y objetivamos. Pero la tensión de nuestra actividad—y aquí resulta ya deficiente la metáfora—no se contenta con lanzar su dardo para hacerlo caer sobre ese mundo exterior como masa inerte; ante el espectáculo de este mundo siente la necesidad de conocerlo por un lado; de transformarlo por otro; de expresar, finalmente, en él y por él las palpitaciones de su propia vida inferior. De ahí la triple modalidad de nuestra vida mental, servida por la orgánica, que la hace ser ante todo cognoscitiva o teórica; después, efectiva o práctica; en fin, expresiva o poética, como respondiendo a la triple relación posible de nuestro medio vital con el exterior, según trate de representárselo tal como es (conocimiento teórico), de que sea tal como se lo representa (eficacia práctica) o de que coincidan el ser y la representación en la perfecta ecuación del signo con la cosa significada (expresión poética).

Ahora bien, este dinamismo del espíritu hacia sus objetos, mediante la actividad psico-fisiológica, es obvio que puede ser como enfocado en una doble perspectiva: la de la *impulsión*, y la de la *atracción*. Nos representamos nuestra actividad como *impulsora*, cuando se nos ofrece como una fuerza que radica en nosotros, que brota de nosotros y que se difunde fuera de nosotros con una energía traducida en términos de espacio (extensión), de tiempo (duración), de espacio y de tiempo (rapidez) y finalmente de masa que forjamos o resistencia que vencemos. Todas estas propiedades de nuestra actividad como impulsiva representan su aspecto *cuantitativo* y son susceptibles de una *dimensión* más o menos estricta. La ciencia del siglo XIX se ha aplicado a la determinación cuantitativa o dimensional de todas las formas de energía, incluso la humana en su aspecto mental, con una diligencia y escrupulosidad rayanas a veces en un injusto exclusivismo, sólo disculpable por el apasionamiento consiguiente a los fervores de neófito. La ciencia del siglo XX, sin olvidar la preciada contribución de su predecesora a la tarea de desentrañar el riguroso contenido de los hechos físicos y mentales, tiende cada día más a revelar o mejor dicho a restaurar la segunda propiedad que los caracteriza, juntamente con la dimensión, o sea la *dirección* de los mismos. Pues qué, en el caso del arquero que lanza su dardo, ¿es indiferente que vaya hacia el blanco o contra un transeunte, so pretexto de que en todo caso habrá de recorrer una distancia y en un tiempo proporcionados a la energía inicial y a la resistencia hallada? Si nos encontramos en el centro de una plaza circular y buscamos el número de una casa, ¿será indiferente que nos dirijamos a cualquiera de ellas alegando que los radios de un círculo, y por lo tanto los espacios a cubrir, son rigurosamente iguales? Es evidente que no. Junto a la dimensión de nuestro movimiento, y aun por encima de ella, nos interesara su *dirección*, o sea, su cualidad, su finalidad, su término vital, que no será para nosotros un simple resultado, un efecto logrado por una causa, sino un centro de *atracción* hacia el cual se encaminaba nuestra actividad aun antes de lograrlo, y del cual por lo tanto se hallaba pendiente al encauzar con la magia de su destreza el caudal desbordante de sus energías eficientes y cuantitativas. De este centro de atracción, del cual se halla como suspendida toda nuestra actividad, ¿no podrá decirse que nos llama, que nos requiere, que nos solicita, y por lo tanto no habrá de denominarse «vocación», siquiera sea en un sentido lato, la condición del hombre así invitado a una nueva comunicación con los objetos que nos rodean?

La superioridad de la atracción sobre la mera impulsión, de la finalidad cualitativa sobre la eficiencia cuantitativa, de la vocación sobre la que pudiéramos llamar actividad aventurera, estriba en algo más que en un simple cambio de perspectiva. Juzgamos, en efecto, que el término de una actividad que realiza su fin connatural la perfecciona, al paso que el extravío respecto de este fin constituye un daño para dicha actividad y para el sujeto en quien radica. Por eso el *fin* de nuestra actividad añade a la condición meramente cronológica de ser el *término* de la misma, y aun a la condición causal de ser su *efecto*, la cualidad preponderante de ser para ella un *bien* o un *mal*, o sea un *valor* positivo o negativo, para emplear el vocablo de moda en la filosofía con-

temporánea. El cazador disparando sobre la pieza que cruza el espacio realiza un valor positivo—para sí mismo, se entiende, no para la pieza—si logra abatirla a sus pies; todo lo contrario de si le falla el tiro. Y ved ahí en este mismo ejemplo el triple valor implicado en toda acción humana: el valor *objetivo* de la pieza cobrada; el valor *activo* de la fuerza y destreza acreditadas del cazador; el valor *subjetivo* de su personalidad como centro irradiador de esta fuerza y destreza. Más aún: el propio ejemplo se presta a aclarar una importante distinción en la valoración de la vida, distinción que arranca precisamente de estos tres puntos de mira en que consideremos el problema del valor. En un encadenamiento que pudiéramos llamar «normal» de los mismos, el sujeto nos aparece por su finalidad intencional supeditado a sus actos, y estos a su vez subordinados a los objetos perseguidos: el cazador necesitado apura sus energías en aras del interés que para él tienen las piezas por cobrar. Pero al cazador deportivo le seducen menos las piezas por lo que puedan tener de apetitosas o de vendibles; para él son un mero pretexto de poner en ejercicio sus facultades venatorias, una ocasión para saborear los lances y las peripecias de tal ejercicio, ¡quién sabe si no buscará en él más que un decoroso motivo con que adornarse ante la ingenua admiración de sus compañeros de tertulia! Decididamente, el primero ha tomado la caza *en serio*; el segundo ha hecho de ella un tema de *juego*.

Todo el sistema de valores vitales se halla de esa manera pendiente de estos tres puntos cardinales: el sujeto que los realiza, la actividad mediante la cual los realiza, y el objeto final a cuya realización aspira, en el triple medio del mundo físico, del mundo social o de nuestro propio mundo interior, medio cuya realidad no es para nosotros un fin precisamente por su entidad física y material, sino por su congruencia con nuestras aspiraciones a la verdad, a la bondad y a la belleza. Cuando este objeto es parte de la realidad o a ella referido y desde luego en si y por si apetecido, su valoración tiene carácter de *fin* plenamente sustantivo bajo la razón genérica de *bondad*; la actividad que a él se endereza tiene el valor adjetivo de *medio* bajo la razón de *utilidad*, y la persona de la que esta actividad emana se nos ofrece como el sujeto y la causa de la misma y de los valores objetivos mediante ella conseguidos. Pero por una inversión de este orden doblada de un convencionalismo espiritual del que las múltiples formas de juego nos ofrecen abundantes ejemplos, llegamos a sustituir los fines reales por fines ficticios, a convertir los medios en fines, o a supeditar unos y otros a la pura y simple exaltación de la propia personalidad. De ahí la creciente e incalculable complejidad de los temas que, como otros tantos núcleos de atracción, van encauzando nuestra vida mental en direcciones que bien podemos llamar vocacionales.

Por lo demás, y en cualquiera de estas direcciones, la conexión de fines y de medios tampoco es uniforme: *interna* en unos casos, en los que el medio es sencillamente la incoación del fin y el fin la consumación del medio en el seno de nuestra propia actividad personal—como sucede, v. *gr.*, al que aplica su mente a una composición musical o literaria, o su musculatura a la ejecución de un movimiento gimnástico—ofrece en otros casos un carácter más bien *externo*, a saber, de simple articulación de causas y efectos en el seno de la Naturaleza, con la intervención meramente ocasional de nuestra actividad: tal es la condición del agricultor que para lograr el fin de la cosecha se ve limitado a los medios de plantar y de regar, esperando, en frase de San Pablo, que Dios dé el incremento.

Toda esta elaboración y alternancia de medios y de fines constitutiva del ritmo de nuestra vida interior se halla pendiente de esas sus virtualidades que la psicología antigua llamo «facultades» y y que hoy en día se designan con el nombre de «capacidades» y aún con el más expresivo de «habilidades» o *aptitudes*, palabra especialmente significativa del concepto cualitativo y teleológico de la «adaptación» vital: terminándose, en efecto, en una u otra forma, esta adaptación en objetos adecuados a nuestras facultades, se hace patente cómo en el *valor* de estos objetos estriba el secreto de la atracción con que solicitan en su favor el despliegue de nuestra actividad y la hacen derivarse, más que de una «facultad» anodina e indiferente, de una «aptitud» funcionalmente definida y encauzada.

Por este valor, condición después de todo realista y en cierto sentido ontológica de los objetos que nos rodean, de nuestra propia actividad y del sujeto en quien radica, se traduce de algún modo a la conciencia de este: esta traducción consciente de la valoración real ha recibido el nom-

bre de *sentimiento*. La función del «sentimiento» en la vida mental se halla un tanto desprestigiada a los ojos de cierto intelectualismo superficial, demasiado sensible a las aberraciones afectivas y un tanto olvidadizo de las tan frecuentes en la dialéctica estrictamente cognoscitiva. La psicología moderna, no obstante, ha puesto de relieve con plena lucidez la relativa esterilidad de las «ideas frías», en contraste con la plétórica fecundidad de las incubadas al calor de un ambiente emocional. Por lo demás, las modalidades hoy asignadas a la función afectiva del espíritu son tan varias que en su amplio horizonte se incluyen desde cierto punto de vista las mismas actuaciones cognoscitivas. Paralelamente a la sistematización de valores antes esbozada, pudiéramos decir que existen sentimientos que afectan al aspecto objetivo de nuestra vida mental—sentimientos de placer y de dolor derivado de la Naturaleza, del mundo social o de nuestro propio medio interior objetivado—otros que se refieren más propiamente al curso de nuestra propia actividad—sentimientos de energía o de fatiga, de confianza o desconfianza—otros, en fin, como los de amor propio, que acompañan a la conciencia de la propia personalidad. En todo caso, el sentimiento es como el índice acusador—más o menos verídico, por lo demás—de una dirección vocacional, y como tal debe ser tenido en cuenta al trazar las características de ésta: asentirse llamado a algo» es frase hecha en la materia. Pero el «sentirse llamado» es algo más que un mero sentimiento, en el significado de «gusto» o «afición» por una cosa por ventura pasivamente recibida; es, en todo caso, un sentimiento dinámico y fecundo que más bien merece el nombre de *inclinación o tendencia*, en la que nuestra propia actividad y aptitud nos aparecen como eficazmente dominadas por la conciencia, no solo de la posibilidad, sino de la conveniencia y aún de la necesidad de realizar un cometido determinado.

De esta manera, las *aptitudes* efectivas y las *pendencias* afectivas de nuestra organización mental nos aparecen como los factores primordiales y fundamentales de la vocación. A ellos se agrega a guisa de coronamiento de nuestra vida espiritual el factor de la *voluntad*, considerada, no precisamente como una facultad marginal o colateral a aptitudes y tendencias, sino como la expresión plenamente consciente de las mismas, en virtud del desdoblamiento de fines y medios en la perspectiva de nuestro porvenir, y de la prosecución intencional de los primeros mediante el activo ejercicio de los segundos.

II

Cuando, de esta consideración introspectiva de la conciencia individual, se pasa a la confrontación de unos individuos con otros, el concepto de vocación sufre una determinación que nos va acercando a su verdadero y preciso sentido.

Se ha dicho con toda verdad que no existen en el mundo ni dos granos de arena, ni dos gotas de agua, ni menos dos hojas de árbol que sean entre sí iguales. A medida que se va ascendiendo en la escala de los seres, sus tipos individuales van dejando de ser ejemplares numéricos de una misma tirada, y ofreciendo un coeficiente cada vez mayor de novedad y de originalidad. En el hombre, rey de la creación, microcosmos en quien se confunden con maravillosa armonía todos los grados de ser de la Naturaleza, aquel coeficiente de variedad alcanza sus máximas proporciones.

Cada uno de nosotros tiene su «biografía», es decir, una serie inconfundible de episodios que constituyen la trama de su vida y no se hallan en otra alguna. Verdad es que el caso no parece exclusivo del hombre. Quien siguiera el curso de la caída de los copos en una nevada difícilmente hallará dos que sigan la misma trayectoria, y no por eso atribuimos tal variedad a linaje alguno de misteriosas iniciativas: el simple juego mecánico de composición de fuerzas basta para explicarla. Pero no sucede lo mismo en la vida. Por mucho que se apure la interpretación mecánica de sus manifestaciones, siempre subsiste el arcano de las energías potenciales que constituyen el llamado medio vital interno, cuyas respuestas o reacciones a los estímulos del medio físico exterior encierran un fondo de originalidad irreductible. ¿Qué es la vida, sino la inserción constantemente renovada de este medio exterior en el interno, o la efusión incesante de este medio interior en el externo, conforme a una ley de conservación, reproducción y evolución indefinidas?

De ahí que la multiformidad de las biografías humanas, sin perjuicio de tener una parcial ex-

plicación en la múltiple variedad del ambiente geográfico en que se desarrollan los hechos vitales, la logren sobre todo de la variedad bien superior de tipos singulares que los realizan en función de eso que se llama *idiosincrasia, carácter o temperamento* individual. La *biografía* es fruto de la conjunción del medio exterior con el interno, cuya descripción es objeto de lo que actualmente recibe más bien el nombre de *psicografía*.

La psicografía, en efecto, nos describe el individuo ante todo en el ejercicio o ciclo sucesivo de momentos que integran el ritmo de su actividad, y respecto de los cuales existen en cada uno de nosotros disposiciones características. Hay ante todo un ciclo constitutivo de la vida individual, cuyo primer momento es el de la *adquisición* de un nuevo objeto o forma de actividad; el segundo momento consiste en la *repetición* más o menos periódica del tipo vital adquirido; el tercer momento significa una *renovación* del mismo tipo con arreglo a exigencias también nuevas de la propia vida. Al ciclo individual se añade el ciclo social: una individualidad pujante o afortunada crea con la *invención* un prototipo de vida que luego se difunde en el medio social mediante la *imitación*, sujeta no obstante a ulteriores *transformaciones* llamadas a seguir la misma suerte; y así sucesivamente. De ahí que el ejercicio de la actividad vital se cifre en tres facultades típicas, o mejor dicho disposiciones o capacidades de cada facultad: capacidades de *adquisición*, de *reproducción* y de *elaboración* de los objetos o productos vitales.

Pero al lado de este rítmico ejercicio de las actividades vitales, o mejor dicho como centro y núcleo de las mismas, descubrimos fácilmente un conjunto más o menos sistemático de funciones específicas, en cuyo torno se va desarrollando todo el proceso vital. Así como de una obra que se da a la imprenta sale ante todo un primer ejemplar o una primera edición, y más tarde otros ejemplares o ediciones iguales a los primeros, hasta que venga a reformarlos una edición ulterior más o menos «*orregida y aumentada*», y sin embargo de toda esta multiplicación numérica seguimos considerando como específicamente idéntica la obra en ellas permanente, de un modo análogo los temas fundamentales de nuestra vida pueden perseverar específicamente idénticos a través de las vicisitudes de su ejercicio. Estos temas fundamentales son las aptitudes y las tendencias *orgánicas* unas veces, como la digestión, *psico-orgánicas* otras, como la sensibilidad y la motilidad, finalmente *mentales* como la inteligencia, determinadas en todo caso en función de sus objetos respectivos, aptitudes y tendencias en los que juntamente con la voluntad cifrábamos anteriormente la *materia prima* de toda vocación.

Para determinar ahora su verdadera *forma*, es preciso destacar un hecho capital que, de todo tiempo conocido entre los doctos y aún dentro del vulgo, ha sido recientemente estudiado con más rigurosa precisión por los cultivadores de esa rama de la psicología llamada individual o diferencial. El hecho a que me refiero es que las aptitudes y tendencias no se hallan distribuidas por igual en la masa de individuos que participan de la misma naturaleza. Coincidiendo todos ellos en cierto denominador común, en cuya virtud puede todavía hablarse entre ellos de una especie humana, los individuos que a ella pertenecen difieren sensiblemente por el grado de *intensidad* o de *duración* en que participan de cada una de las aptitudes o tendencias propias del ser humano; y por el grado de cohesión o *correlación* en que estas tendencias y aptitudes se organizan entre sí en el seno de una misma actividad humana. Varía entre nosotros la capacidad de *saber*, o sea el grupo de aptitudes cognoscitivas especificadas por sus respectivos objetos; varía también la capacidad de *sentir*, que representa el grupo de tendencias afectivas hacia los mismos objetos; varía no menos la capacidad de *querer*, o sea de intentar realizar voluntariamente un fin propuesto; varía, finalmente, la capacidad de *hacer*, o sea de poner en ejercicio aptitudes, tendencias y voliciones con vistas a la adquisición de nuevos objetos o a la conservación y repetición de los ya adquiridos.

En virtud de esta variedad es como los individuos humanos son ante todo agrupados en una escala de valores de gradación aparentemente cuantitativa: hay tipos *normales*, correspondientes al término medio de la propiedad por medir, y que por lo mismo abarcan la mayoría de los sujetos, y tipos *anormales*, bien sea por exceso (supra-normales) o por defecto (infra-normales) de la propiedad en cuestión respecto del mencionado término medio. La condición cuantitativa es clara cuando se trata de apreciar propiedades como la estatura, que distribuye a los hombres en gigan-

tes, enanos y de altura llamada «regular», por ser mediana y por ende la de la mayoría. Pero cuando se aplica la graduación a propiedades como la inteligencia, ¿cabe decir que exista sólo una diferencia de grado entre un genio y un loco o un idiota, tomando más en serio de lo que merece aquello de que los extremos se tocan»? ¿No es más exacto decir que el genio y la locura, con estar ambos representados por minorías humanas, constituyen modalidades de la inteligencia cualitativamente distintas y entre si irreductibles?. Hay, en efecto, entre ellas, más que una diferencia de dimensión, una *dirección* que otorga a las creaciones de la inteligencia genial un máximo valor positivo, califica de «medianías» a los, espíritus corrientes y acaba por negar todo valor y aún reconocer un contra-valor en los desvaríos de la enajenación mental. Cabe, no obstante, afirmar todavía que el talento representa una mayor dosis de inteligencia *general* frente al déficit del imbécil o del idiota, y de esa manera subsiste el sentido cuantitativo o intensivo de esta graduación. Pero desaparece totalmente este sentido, para dar lugar a la cualidad pura, cuando se compara a los hombres, no por el mayor o menor grado de inteligencia, sino por la *clase* de inteligencia que en cada uno de ellos aparece preponderante frente a los demás. Pues qué, ¿no es de experiencia cotidiana la notable disposición de tales o cuales sujetos v. *gr.*, para las matemáticas, y no para las letras; para los trabajos manuales y no para los mentales; para las ciencias de aplicación y no para las especulativas, y así sucesivamente? Cada una de las modalidades de nuestra actividad, llamadas *aptitudes*, es susceptible de lograr en determinada persona excepcional desarrollo, en contraste con la deficiente virtualidad de otras. Y paralelamente a las aptitudes, las *tendencias* se nos muestran asimismo como de muy varia intensidad y dirección: las aficiones y los gustos de una persona son distintos de los de otra en grado y calidad, y no es raro advertir el profundo antagonismo afectivo de dos espíritus, por lo demás intelectualmente dotados de capacidades aproximadamente iguales. ¿Será preciso subrayar asimismo las diferencias en la llamada «fuerza de voluntad» que tan desconcertantes resultados nos ofrece a menudo en la labor desigual de individuos por lo demás dotados de capacidades aproximadamente iguales, cuando no acusada en razón inversa de su virtualidad nativa?

De ahí la representación psicográfica de una fisonomía mental hoy tan corriente en forma de líneas quebradas o sinuosas, significativas en sus cimas de las cualidades relevantes, y en sus valles y depresiones de las más modestas o por ventura nulas: ello nos dará trazados en *cumbre* o en *cordillera* según las cualidades preponderantes sean una o varias, y trazados en *meseta* cuando todas se hallen a mediana e igual altura. Preferiría por mi parte, no obstante, a este simbolismo espacial y estático de la vida espiritual, una evocación dinámica cual nos sugiere, v. *gr.*, la teoría física de la polarización. Sabido es que las vibraciones de un medio imponderable, como el éter, verificándose en un sentido transversal, permiten ser limitadas sucesivamente en diversas direcciones hasta su extinción total, limitación que recibe el nombre de polarización. De esa manera la luz puede ser constreñida a vibrar en un solo plano, de modo análogo a como ciertos espíritus parecen supeditar toda su vida a la realización de una sola idea que absorbe toda su actividad. Existe, no obstante, una importante diferencia que subrayar aquí: al paso que, tratándose de la luz, la polarización vibratoria no viene más que del choque de la energía con determinado obstáculo del medio exterior en que se refleja o refracta, la polarización mental puede tener su origen en el propio medio interior, *llamado* por su idiosincrasia característica o temperamental a prodigar su actividad en una sola o un corto número de direcciones vitales. Y bien, ¿no es precisamente esta *elección innata* de direcciones vitales la nota esencial de una *vocación*? Toda llamada, ¿no es una segregación del convocado de entre la muchedumbre de sus connaturales, invitándole a realizar una misión peculiar y no extensiva a todos ellos?

A esto añadiría yo, sin embargo, para completar el concepto de vocación inter-individual, una condición que juzgo de interés. La vocación no es, a mi juicio, una simple *elección* entre las posibles tendencias y aptitudes humanas: de ser así se confundiría con el carácter. La vocación es sobre todo una *selección*, es decir una elección hacia lo mejor, hacia un ideal progresivo de la naturaleza humana, que en un concepto optimista de la vida podemos y debemos suponer siempre llamada a realizar destinos superiores a los presentes. Ello podrá tener lugar, ante todo, en un sentido creador de elevación y dignificación jerárquicas, o mediante una intensificación y profun-

dización de direcciones ya cultivadas, o finalmente en concepto de simple divulgación o propagación extensiva de los ideales en el seno de las masas populares; pero, en todo caso, la asignación a un individuo de una misión vocacional determinada me parece inseparable de la idea de progreso, de perfeccionamiento, de mejoramiento gradual de la condición histórica de la humanidad, en cada época y en cada país. Esta directiva ascensional de la vocación es tanto más de subrayar cuanto que el índice de intensidad de nuestras aficiones y tendencias no es siempre proporcional a su calidad: por regla general, las más profundas e imperiosas son las de carácter biológico y sensible, siendo así que en la jerarquía de valores deben hallarse supeditadas a las de abolengo estrictamente espiritual, únicas en pro de las cuales el concepto de vocación toca a la cumbre de su dignidad.

III

De intento hemos prescindido, en cuanto antecede, de un aspecto de la vida humana en el que no obstante llega a alcanzar toda su plenitud el tema que comentamos: me refiero a la vida colectiva o *social*. Cualquiera que sea, en efecto, la suerte que hubiera de caber a un hipotético Robinson en su solitaria individualidad, es un hecho universal y permanente que la actividad humana se desarrolla normalmente en un medio social, cuyas características son hoy en día objeto de asidua y escrupulosa consideración por parte de ciencias especiales y de una ciencia general que recibe el nombre de Sociología.

Sin necesidad de adentrarnos en el sutil e intrincado laberinto de sus problemas, bien podemos preguntarnos cuales son las condiciones en que puede tener lugar la convivencia social. Desde luego se nos ofrece aquí, lo mismo que en el desarrollo de la vida individual, la distinción entre condiciones *externas e internas*. Las primeras o *externas*, en lo que tienen de estrictamente social, constituyen lo que pudiéramos llamar el *ambiente jurídico* de la vida humana, ambiente que, como es bien sabido, y pese a todas las artificiosas proclamas de igualdad, está saturado de desigualdades que no vamos a discutir aquí, porque no interesan directamente a nuestro asunto, pero que sí debemos registrar como factor importante, aunque no primordial, de la orientación profesional. Las condiciones *internas*, en cambio, determinan esta orientación como factores primordiales, y así nos invitan a preguntarnos cuál pudiera ser la ley de coexistencia de unos hombres con otros en el seno de la sociedad, ley que fomentara la mayor vitalidad de ésta a través de sus individualidades constitutivas.

Una primera—la más obvia y la más simplista—estructuración de la Sociedad consistiría en distribuir el mundo exterior en tantos lotes cuantos individuos deben vivir, asignando a cada uno de ellos su sector de riqueza para la satisfacción de sus necesidades, sin más restricciones en su uso y disfrute que el respetar los intereses ajenos en las personas y en las propiedades respectivas. Esta concepción un tanto primitiva de la convivencia social no lo es hasta el extremo de no perseverar en cierto grado y no reflejar cierto aspecto de toda estructuración jurídica, por compleja y progresiva que se la suponga. Tal concepción se echa de ver en el primero de los axiomas jurídicos, que nos impone «no lesionar a otro», y deja su huella en la división territorial de la propiedad que se traduce, *v. gr.*, en la urbana, en esa separación y numeración distinta de las casas y de los pisos, que garantiza la vida independiente de cada hogar en el seno de una ciudad. Pero al lado de aquella intimidad y reserva propias de la vida doméstica, ¡qué espectáculo de estrecha solidaridad, de incesante intercambio, de gigantesca cooperación mutua el que nos ofrecen las calles y plazas y los edificios o recintos llamados públicos de nuestras ciudades, en el que se agita el hervidero de la gran colmena humana! El *respeto* mutuo es a todas luces insuficiente para asegurar su vitalidad; a él se añade y se sobrepone la *prestación* mutua, el «dar a cada uno lo suyo» como condición de la vida del conjunto asegurando la de sus partes y de la vida de las partes a través de la del conjunto.

Y es que la perspectiva de la vida humana abandonada a los recursos y a las iniciativas de cada individualidad, no puede ser ni más pobre ni más deleznable. Aun suponiendo a cada individuo medianamente dotado de externos recursos y de internas iniciativas, siendo unos y otras limi-

tados en el espacio y en el tiempo, ¿a qué grado de desarrollo podría llegar cada individuo debiendo atender por sí y para sí a la plenitud de sus necesidades e intereses vitales? Se le impone ante todo la necesidad de vivir; después la de desarrollar su personalidad en las varias y multiforme direcciones de la cultura, creando o perfeccionando los tipos ideales y finales de ésta en orden a la ciencia, al arte, a la moral y a la religión, asegurando los medios capaces de realizar aquellos tipos con la eficacia necesaria para que no se frustren las mejores aspiraciones de nuestro ser. ¿No es de temer que estas aspiraciones, en el doble orden de los fines y de los medios e incluso de la vida misma, logren una satisfacción tan solo rudimentaria abandonadas al frágil y disperso esfuerzo de cada uno de nosotros?

Por eso, en la historia de la civilización se advierte, como condición necesaria y proporcional del progreso humano, la ley llamada de la *división del trabajo*. La diferencia entre los llamados pueblos salvajes, bárbaros y civilizados no radica en la posesión o carencia de cualidades esenciales de la vida humana, sino en la gradual complejidad, afinación y divulgación de las formas de la cultura, fruto de una evolución que reconoce su origen en la *especialización* de la actividad humana. El hombre que aplica toda su atención mental y su tensión muscular a la realización de una sola tarea, va precisándola y profundizándola cada día más, y paralelamente mejorando en calidad y aumentando en cantidad el fruto de su trabajo. Puede en rigor el salvaje alardear de que ninguna de las preocupaciones propias del hombre de refinada civilización se halla totalmente ausente de su mentalidad primitiva. Pero ¡qué abismo, *v. gr.*, entre una página de Wagner y una de esas musiquillas de negros cuyo estruendo en nuestros salones va acreditando por ahí la decadencia de nuestra civilización! ¡Qué contraste entre los luminosos horizontes de nuestra medicina y el tenebroso laberinto de la hechicería en que se ingenia el primitivo por defender el tesoro igualmente amable a todos de la vida! Pues bien, el secreto de los progresos de la medicina se halla precisamente en la especialización creciente, hasta el punto de cifrarse cada día más nuestra confianza en los llamados «especialistas» sobre los médicos generales, que, no obstante, representaron a su vez un grado de especialidad al abandonar el nombre de «físicos» con que antiguamente, y aún actualmente en inglés, se les designaba. Lo que ocurre con la medicina sucede con todas las múltiples direcciones de la actividad humana. Ya esta incesante multiplicación es ella misma hija de una preocupación exclusiva por un dominio determinado, en el que un espíritu atento va cada día descubriendo nuevas perspectivas y planteándose nuevos problemas solo en germen contenidos en el grado inicial. Pero es sobre todo la solución a tales problemas la que representa otro triunfo de la especialización, en el doble sentido de la refinada calidad o valor intrínseco del producto y de su creciente extensión en el seno de la humanidad.

Así se observa en la doble dirección en que van *diversificándose* por un lado y *jerarquizándose* por otro las mil variadas formas del trabajo dividido y especializado, que, sometidas por lo demás a la gran ley de solidaridad cíclica que domina todas las manifestaciones de la vida, constituyen a manera de un árbol genealógico de toda la cultura humana en el organismo social.

Se *diversifica* el trabajo, sin perjuicio del vínculo de coordinación que unifica sus distintas ramas, con vistas al variado horizonte que solicita nuestra actividad en el mundo de la Naturaleza física, de la Sociedad humana y de nuestra propia vida interior. Frente a cada uno de ellos y a todos ellos, la actividad social se despliega en las direcciones bien características de conocer la realidad tal como es—actividad *teórica* o científica—de hacer que sea tal como la conocemos—actividad *práctica* o artística—o de suponerla conforme al ritmo de nuestra vida interior: actividad *estética* o poética. Direcciones son estas que ya en el orden de la actividad puramente individual se encuentran, pero que en el de la social se complican con los varios aspectos del trabajo colectivo que fácilmente se echan de ver en cualquiera institución de la gran industria, agricultura o comercio de nuestros días: el aspecto propiamente técnico o científico, en manos de ingenieros y similares: el aspecto económico o administrativo, encomendado a los gerentes; el aspecto jurídico, confiado a los abogados; el aspecto, en fin, de unificación orgánica de todas las anteriores, fruto de la iniciativa de un empresario y clave de su fecundidad.

Pero es sobre todo de notar la *jerarquización* del trabajo social humano que va articulando sus grados en la necesaria subordinación de los inferiores a los superiores. Aparece esta subor-

dinación, ante todo, en la clásica división del trabajo *manual* y del trabajo *mental*, llamados así, no precisamente por estar ausente toda mentalidad del obrero manual, o por no requerirse movimiento alguno muscular en el trabajador mental, sino por hallarse vinculada y limitada la mentalidad del primero a la materialidad del movimiento que realiza y del objeto sobre el cual lo realiza; al paso que en el segundo este movimiento y este objeto se muestran como desbordados por la perspectiva intelectual. Ya una primera superación de la realidad material, con la jerarquización a ella consiguiente, tiene lugar merced a la introducción en el trabajo humano de la función diferenciada del *signo*, o sustitutivo evocador de la realidad, cuyas infinitas formas reflejadas en el lenguaje verbal, gráfico o simbólico representan un coeficiente de incalculable economía en la vida del pensamiento, al mismo tiempo que una prodigiosa eflorescencia de actividades especializadas. Aparte de esta superioridad, aquella perspectiva intelectual propia del trabajo mental puede ella misma ser más o menos amplía, y de ahí un nuevo dualismo de labor mental analítica o sintética, y con él un nuevo título de subordinación de los trabajadores intelectuales entre sí, de los que unos como los *capataces*, se contentan con elaborar un sector colectivo, pero concreto aún, de la realidad; otros, como los *ingenieros* o los *médicos* y demás cultivadores de la ciencia aplicada, operan sobre la realidad concreta y particular a la luz de una idealidad en ella encarnada; algunos, en fin, como los hombres de *ciencia* pura, y en su cumbre los *pensadores* y *filósofos*, llegan a considerar en sí misma esta idealidad abstracta y universal, madre fecunda de todo linaje de progresos para la humana actividad. Esta misma actividad es susceptible de una jerarquización, según que, merced a audaces iniciativas, abra nuevos derroteros al curso ascendente de la civilización, inserte en la variedad de casos particulares las novedades descubiertas, o se limite a adoptar con docilidad y extender con mayor o menor amplitud los tipos de cultura creados por los inventores. Finalmente, aún en el orden de la valoración del trabajo se impone una razonable subordinación de las actividades *técnicas* y *económicas*, que revisten un simple carácter de *medio* y un valor de utilidad como la agricultura, la industria y el comercio, a las actividades *ideales* que tengan razón de *fin* y de bondad, tales como la ciencia o el arte, supeditando aún entre éstas los fines fragmentarios, particulares y relativos de la vida, al fin total, universal y absoluto representado por la Moral, por el Derecho y por la Religión.

Resumiendo, pues, estas consideraciones sobre la organización social a base de la división del trabajo, bien pudiéramos decir que es el «especialista» una persona que, en fuerza de una actividad sostenida en una sola dirección, llega a producir en ella más y mejor que los demás. Cada una de estas direcciones así destacadas dentro de la totalidad del trabajo humano constituye una *profesión*; y se llamará «profesional» al hombre que consagra su vida a cultivarla y representa por lo tanto un sector en la división específica del trabajo. La calidad del trabajo así dividido es superior al que es fruto de una atención dispersa; su cantidad es tal que excede a las necesidades personales del profesional en aquel dominio y se halla en condiciones de cubrir las ajenas. Pero como, así y todo, no es posible que el trabajo de un hombre llegue a satisfacer, ni aún en su propio dominio, las exigencias de toda la humanidad, siempre habrá, al lado de cada «profesional», otros «co-profesionales» que representen, frente a la división específica, la necesaria *multiplicación numérica* del trabajo humano en orden a la producción.

Pero la producción, obligado exordio del ciclo económico, no constituye su norte ideal. Se produce *para* consumir, si bien se consume *porque se* ha producido previamente. En la organización social, que tanta semejanza tiene con la biológica, las células profesionales, diferenciadas y especializadas, no consagran su vida individual a una super-producción funcional sino con la esperanza de beneficiarse de la ajena en los múltiples dominios que su trabajo deja abandonados, pero en los cuales su apetito siempre vivaz reclama plena satisfacción. Aspiramos en el consumo a gustar *un poco de todos los* bienes de la vida, después de haberla dedicado a producir el *todo de un poco*.

Semejante desproporción entre el fruto de la producción profesional y el objetivo del consumo humano se salva mediante el *cambio*. Gracias a él el exceso de producción que, respecto de las necesidades personales del especialista, representa el trabajo profesional, pasa a beneficiar al trabajador de otro dominio, que a su vez hace al primero partícipe de la super-producción propia. El

cultivador de la medicina, según el conocido aforismo, se halla en mejores condiciones de curar a los demás que de curarse a sí mismo; pero tendrá razón en reclamar por tal servicio lo que en su desvelo por la salud de sus semejantes se hubiera visto forzado a descuidar. La reducción de los valores al común denominador de la *moneda* ha venido a fomentar incalculablemente este intercambio de cantidades heterogéneas. Así se nos ofrece el espectáculo corriente en una economía social diferenciada de hombres que consumen lo que no producen y producen lo que no han consumido. La conexión de la producción y del consumo a través del cambio se hace cada vez más extrínseca y como accidental, bien se realice en la forma desinteresada de una donación, bien por esa interferencia de dos egoísmos que se llama contrato oneroso o con el vínculo más estrecho de la solidaridad asociativa; en todo caso, el cambio significa la simple coincidencia de dos voluntades en la realización por parte de cada una de ellas de sus objetos correspondientes.

En tales condiciones de la economía social, el factor *afectivo*, de tanta importancia en la psicología individual bajo el nombre de *aficiones* y *tendencias*, ha de ser muy tenido en cuenta para definir puntualmente el valor de una profesión. Hay casos, indudablemente, en que son ejercidas, como suele decirse, con la unción de un sacerdocio, por hallarse en ellas toda la atractividad de los objetivos ideales de la vida de que participa el propio profesional. Pero otras veces, el azar de la distribución de tareas le asigna algunas del todo indiferentes, cuando no positivamente repulsivas en razón de los objetos a que se refieren, del género o grado de actividad que exigen, o del rango de inferioridad en que se hallan cotizadas, en el doble aspecto técnico, por un lado, y jurídico-social, por otro, que constituye el ambiente de toda actividad profesional. En tales casos de trabajo inapetente y aún forzado, cabe, sin embargo, si no siempre transformarlo en estimable, haciendo de la necesidad virtud, por lo menos aceptarlo en aras del interés puramente económico a título de medio para lograr el fin apetecible; fin y medio no ciertamente vinculados entre sí en la vida social con la continuidad o por lo menos contigüidad que en la psicología individual hace del objeto final el fruto espontáneo del esfuerzo inicial, pero sí efectivamente enlazados a través de la complicada urdimbre del *cambio* cuyas modalidades agotaba la conocida fórmula romana: *do ut des, facio ut facias, facio ut des, do ut facias*: doy para que me des; hago para que me hagas; hago para que me des; doy para que me hagas. ¡Cuán lejos estamos de la relativa simplicidad del trabajo humano, que nos ofrecía el campo de la psicología puramente individual!

IV

Definido ya el concepto de *vocación* en la psicología individual, y el de *profesión* en la organización social, réstanos fijar los problemas que la realidad plantea en orden a una y a otra, y su mutua relación en el concepto sintético de *vocación profesional*.

Por lo dicho es fácil de advertirla analogía de los factores que condicionan el desarrollo de la vocación individual por un lado, de la profesión social por otro. De ambos lados, tenemos ante todo condiciones *externas e internas*; y después, dentro de estas últimas, condiciones *efectivas o realistas*, y *afectivas o valorativas* en el doble orden de los medios y de los fines de la vida humana.

La distinción de las condiciones *externas o internas* en el desarrollo de la humana actividad, con ser de primera importancia, no interesa tan directamente a nuestro asunto que debamos insistir en ella. No dejaré, sin embargo, de consignar a este propósito una observación que juzgo de interés. Esencialmente, tanto la vocación como la profesión son modalidades del «medio interior» o vital de la conciencia individual y social. Claro es que este «medio interior» no vive sino en función del medio exterior, o sea en constante transfusión del uno al otro de elementos y de energías. Pero esta mutua relación se halla muy lejos de vaciarse en el rígido molde de aquella «adaptación al medio», a saber, al medio exterior, de la que una buena parte de la ciencia del siglo XIX hiciera el canon fundamental de toda biología. La del siglo XX viene reaccionando en el sentido de recabar para el medio interior del ser vivo, y sobre todo del ser espiritual, una originalidad funcional que permite hablar tanto o más de la «adaptación» del ser vivo al medio como de la «adaptación del medio al ser vivo». Y digo que «tanto o más» porque, en todo rigor de expresión, en la medida en que el ser vivo se allana pasivamente al modo de ser del medio que le rodea, más actúa como ma-

teria inerte o por lo menos como materia bruta que como dotada de ese poder creador y renovador que parece característico de la vida como tal. Lo que ocurre con la vida orgánica, sucede aún con mayor relieve en la vida mental. También aquí tildamos fácilmente de a «inconsciente» el comportamiento de un hombre que se rinde con harta facilidad a las sugerencias del medio exterior; al paso que ciframos el valor de una personalidad en el espíritu de independencia con que las contrasta, la disciplina y aún las somete activamente a un nuevo tipo de síntesis creadora. Tal ocurre en el orden de la psicología individual con la distribución de objetos en la naturaleza física y en el de la psicología social con la organización jurídica, que constituyen el doble medio exterior ofrecido a la humana actividad. Sin perjuicio de nutrirse de aquel doble medio y por él limitarse y encauzarse, nunca es la persona humana tan activa como cuando se impone al medio exterior para transformarlo o adaptarlo a sus inspiraciones, cual ocurre con las personalidades fuertes, las vocaciones definidas y las profesiones disciplinadas.

De todos modos, lógrese por uno o por otro procedimiento, cierta ecuación entre el medio exterior y el interior parece desde luego condición obligada de toda vocación o profesión viable. Esta ecuación se obtiene unas veces pasiva y mecánicamente, pero otras veces, las más características, merced a una reacción vital de creadora originalidad. Obra es de esta reacción vital, ante todo, la aparición en el propio medio interior de esas disposiciones orgánico-funcionales adecuadas a las exigencias externas que constituyen el fondo de toda educación espontánea o reflexiva; obra es, asimismo, la producción de esos fecundos intermedios entre lo interior y lo exterior que se llaman «instrumentos» de trabajo, desde el «utensilio» manejado por el propio agente humano hasta la «máquina» abandonada a un relativo automatismo; obra es, finalmente, la transformación artificial del medio exterior propiamente dicho, de la que la industria moderna nos ofrece ejemplo tan gigantesco, y que la «tecnología» determina con toda precisión.

Veamos ahora de confrontar entre sí las principales características vocacionales y profesionales, con los problemas consiguientes a sus analogías y diferencias, y que constituyen sobre todo el objeto de la «psico-técnica».

Coincidiendo vocaciones y profesiones en un sentido dinámico de la vida humana polarizada en una dirección, parece claro que esta polarización tiene lugar, en la vocación, en virtud de una disposición interna y como *innata*, previa a todo ejercicio, en tanto que la especialidad profesional como tal es *adquirida* precisamente en fuerza de un ejercicio, impuesto por la disciplina social. De ahí que la vocación constituya al sujeto en una *habilidad* o potencialidad de vida superior en su orden a la de quienes carecen de aquélla; al paso que el dominio profesional significa tan solo un mayor *hábito* del sujeto en una materia determinada. Para comprender debidamente esta distinción, recordemos, v. gr., la doble interpretación que se ha solido dar de la excepcional agudeza táctil observada frecuentemente en los ciegos de nacimiento. La pródiga Naturaleza, decían los antiguos, ha dotado a estos desgraciados de un tacto de excesiva delicadeza, que supla con su exquisita sensibilidad el completo *déficit* visual: pudiéramos decir que estos ciegos nacen con «vocación» de táctiles. En cambio, hoy en día se propende a explicar su ventajosa condición de tales, a base del simple predominio del ejercicio táctil a que, en defecto de la vista, consagran toda su atención los ciegos de nacimiento: el ejercicio va afinando la sensibilidad de su tacto y convirtiéndoles en unos «profesionales» de la misma. De un modo análogo, en un medio escolar, el llamado «aprovechamiento» o grado de instrucción de un alumno puede depender, tanto de la capacidad, afición y laboriosidad que constituyen como su «vocación escolar» cuanto del ejercicio más o menos asiduo de dichas cualidades que hace del niño un «profesional» de la escuela, sin que a primera vista aparezca la parte que en el resultado final corresponda a cada uno de aquellos factores: un niño medianamente dotado pero de rigurosa escolaridad, eclipsará fácilmente al talento pero irregular en su trabajo escolar. Del mismo modo también, la competencia de un obrero en su oficio es fruto común pero equívoco de su habilidad y gusto iniciales y de su ejercicio o experiencia posterior: los primeros representan el lote de su vocación; el segundo, el margen de su actividad profesional.

Dentro del fuero estrictamente *individual* propio de la *vocación*, el primer problema que se plantea es el de la *existencia y límites* de la personalidad vocacional. Considerada la vocación

como un conjunto sistemático de tendencias y aptitudes relevantes hacia un ideal progresivo de la vida humana, ¿se dan de hecho, y en qué proporción, representantes de nuestra especie en quienes se acuse tal personalidad?

De la realidad de su existencia no parece fácil dudar, no ya en virtud de los modernos trabajos de la psicología individual, sino tras una ligera ojeada a las biografías de los grandes iniciadores del progreso, en las diversas direcciones de la historia. Pero ¿nos autoriza ello para hacer extensiva la vocación a todos los hombres, para afirmar que cada uno de nosotros nace con una misión específica a cuya realización viene individualmente llamado?

Nada hay que obligue a llevar a tal extremo la teoría de la vocación. Más aún: cabe afirmar, a mi entender, que la mayoría de los hombres vienen a este mundo dotados de una plasticidad espiritual y aún orgánica un tanto amorfa, que con el ejercicio se va definiendo más tarde en una u otra dirección, como a la deriva de las fluctuaciones del medio exterior. En su vida interior, tales individuos semejan más bien un sistema de vasos comunicantes, en el que aptitudes y tendencias, dentro de un total limitado de energía, se muestran susceptibles de alturas variables e intercambiables, en función de externas exigencias. Claro es que hay temperamentos y caracteres—y son precisamente los vocacionales—que tienden más bien a afirmar su personalidad frente a estas exigencias, imprimiendo en su torno el sello de una rígida sistematización, de una orientación pujante y definida. Pero aún en tales casos de organización espiritual bien acentuada, sería excesivo pretender que fuera absolutamente invariable. Si distinguimos en ella, al igual de la organización vegetal, la raíz de la personalidad, el tronco y ramas de la actividad general y específica, y las hojas, flores y frutos de los objetos en que se termina, fácilmente advertiremos fenómenos análogos a los que la vida vegetal también nos ofrece, o sea atrofas e hipertrofas cuantitativas por un lado, y por otro desviaciones, transformaciones y hasta sublimaciones cualitativas de una primitiva vocación, en razón de podas e injertos o variadas incubaciones a que se la hubiere sometido.

Desentrañando la estructura de una personalidad vocacional, y recordando que se halla integrada de aptitudes efectivas y de tendencias afectivas, en cuya intersección brota la voluntad, cabe preguntarse, no sólo las condiciones de *confluencia*, sino también la posibilidad de mutua *influencia* de estas virtualidades entre sí. Y aquí la respuesta sería también, a mi juicio, favorable a la variedad de aquellas confluencias y a la realidad de estas recíprocas influencias. Sin perjuicio de reconocer cierta frecuente proporcionalidad entre las capacidades, las aficiones y el factor voluntario de laboriosidad de una persona, no dejan de ofrecerse casos de sensible desproporción de estos coeficientes,—casos de talentos apáticos u holgazanes, o de laboriosos de pobre mentalidad—que hacen imposible considerar su riguroso paralelismo como una regla general. Con aquella desproporción lucha precisamente el educador, y lucha unas veces atacando directamente a la adversa cualidad—aptitud inferior, tendencia desviada o ausente, voluntad floja—pero otras veces, valiéndose para rendir a una de la eficaz colaboración o alianza de las otras merced al positivo influjo que entre sí ejercen. Y así es frecuente advertir la exaltación de una habilidad al conjuro de una inclinación, la aparición del gusto como secuela de una facilidad, o la energía volitiva como producto unas veces y como factor otras de aptitudes y tendencias. Si en estas últimas subdistinguiamos, como hacíamos poco ha, las que se refieren estrictamente a la exaltación de la personalidad, a su desarrollo por medio de la actividad general o específica, y a la múltiple variedad de objetos en que ésta se termina, fácil es echar de ver la complejidad del problema que la estructura vocacional ofrece en el terreno de la psicología puramente *individual*.

Si de él pasamos al de la psicología *social* o colectiva, caracterizada por la división del trabajo, el problema capital aquí es el del sucesivo desdoblamiento de la actividad *profesional*, que puede decirse cifra en cada uno de sus pliegues una etapa progresiva en el desarrollo de la cultura humana. Nada hay tampoco aquí de fijo e inmutable, ni en orden al número de especialidades a crear, ni en orden al número de individuos que deben consagrarse a una especialidad dada—ambas determinaciones se hallan sujetas al ritmo progresivo, en la doble dirección respectivamente intensiva y extensiva, de las humanas necesidades por satisfacer, de los humanos ideales llamados a realizarse. Menos aún exige la división del trabajo profesional, desde el punto de vista estricta;

mente social, que tal o cual especialidad sea asignada a determinado individuo, con tal que los haya en número suficiente para cubrir todas las especialidades. Partiendo del supuesto de la equivalencia inicial de todos los individuos para todo linaje de tareas, la habilidad específica de cada uno de ellos sería sólo hija del ejercicio, y por consiguiente intercambiable de un individuo a otro, salvo siempre la necesidad de la máxima economía de tiempo y de trabajo.

Pero aquí se plantea ya el problema vivo para la orientación, que no es un problema abstracto y casi utópico de la pura vocación individual, ni de la pura profesión social, sino el de la *vocación profesional*, concepto sintético que inserta al individuo en el seno de una sociedad ya diferenciada, como considera a la sociedad constituida de individuos también diferenciados. Ahora bien, la diferenciación vocacional de los individuos es *innata o natural*, al paso que la diferenciación de funciones y de profesiones en el seno de una sociedad nos aparece como *adquirida o artificial*. Claro está que semejante contraposición de la diferenciación individual y social no deja de ser un tanto relativa. Es indudable, en efecto, que *la profesión reacciona sobre la vocación*, desde el momento que el espectáculo de las especialidades sociales es un continuo incentivo de creación, o mejor dicho determinación de vocaciones individuales nativamente difusas; sin contar la posible ampliación o educación, mediante el ejercicio profesional o entrenamiento, de la capacidad misma innata del especialista, o la posible fijación, mediante la herencia, de habilidades adquiridas por el ejercicio profesional en virtualidades innatas para los descendientes, hasta el punto de llegar a constituir, como ha ocurrido en la pintura y en la música, verdaderas dinastías de especialistas en alguna rama de la cultura humana. No es menos cierto, por otro lado, que *la vocación reacciona sobre la profesión*, puesto que el trabajo sordo de la Naturaleza en el afinamiento de vocaciones innatas contribuye poderosamente al progresivo desenvolvimiento de la especialización profesional. Así y todo, subsiste el problema que hemos llamado de la «vocación profesional», y que consiste, a mi juicio, en determinar las condiciones óptimas de acoplamiento o adaptación de una vocación individual determinada a una especialidad profesional, (problema de *orientación*) o de asignación de una especialidad profesional determinada a una vocación individual (problema de *selección*) para el máximo provecho de una y de otra. En la orientación nos preguntamos propiamente «para qué sirve fulano de tal», al paso que en la selección nuestra pregunta es «si fulano de tal sirve para tal cosa». En ambos casos, no obstante, vamos en pos de una *ecuación* entre el sistema de cualidades *subjetivas* constitutivo de una vocación con el sistema de exigencias *objetivas* por parte de la profesión, ecuación que puede resolverse de un modo puramente negativo o sea de «contraindicaciones»—«fulano de tal no sirve para esto»—o de un modo afirmativo y de adaptación positiva—«fulano de tal sirve para tal cosa» teniendo en cuenta, en todo caso, la posibilidad de una gradación: «fulano sirve más o menos para esto».

Pero, si por este lado el problema tiende a unificarse, por otro llega a desdoblarse, según se muestre en su modalidad *teórica* de descubrir las vocaciones profesionales, o más bien en su modalidad *práctica* de fomentarlas y cultivarlas.

Por lo que toca al *descubrimiento* de las vocaciones profesionales, es ante todo evidente que, —sin negar todo valor a las *intuiciones* en que pueda revelarse una vocación a la conciencia propia—sólo un criterio de investigación empírica, y aún experimental, puede aceptarse como científicamente válido en materia sustraída a las más remotas conclusiones de una ciencia *a priori*. Las aptitudes y las tendencias que, con la fuerza de voluntad, constituyen según dejamos dicho el nervio de toda vocación, sólo a fuerza de acusarse con el debido relieve en hechos que las patenticen, pueden ser razonablemente afirmadas en un individuo determinado. No entraré aquí en la técnica de aplicación de este criterio, que con superior competencia habrán de ofrecer otros disertantes en este Congreso, pero séame dado anticipar algunas precauciones de conjunto que, en la interpretación de los resultados de dicha técnica, estimo interesante adoptar.

Se refieren dichas precauciones a los casos no tan raros de vocaciones *ocultas* y de las que pudiéramos llamar *artificiosas* o simplemente *aparentes*, y que fácilmente despistan al no prevenido, inclinado a negar en el primer caso una vocación existente y a afirmarla en el segundo sin existir en la realidad, solo a favor de engañosas apariencias negativas o positivas.

Que una vocación pueda darse de hecho sin manifestarse en hechos, es obvio para quien recuerde que toda vocación es una función vital, necesitada por lo tanto de un ambiente propicio

para desenvolverse, fuera del cual o contra el cual puede llegar a permanecer largo tiempo y aún quizás durante toda una vida en estado latente y alejado de toda exteriorización. Claro está que, en la medida en que una vocación sea briosa y pujante, tendera a afirmarse a través del hielo de la indiferencia o la cadena de obstáculos del ambiente; pero ello no obsta para que, en grado de intensidad más modesto, se den vocaciones reales que sólo aguardan una ocasión o momento favorable para expansionarse en fecunda efloración.

De más difícil diagnóstico son las vocaciones que hemos llamado *artificiosas* o aparentes, por cifrarse en hechos positivos, pero de engañosa interpretación. Tal es, ante todo, la posible confusión de una simple habilidad técnica, y la consiguiente afición rutinaria, lograda a fuerza de ejercicio de una profesión, con una verdadera vocación de raigambre inferior e innata. Pero aún dentro de estas últimas, se dan aptitudes y tendencias de carácter *primario* y fundamental, y otras de carácter *secundario* y como derivado de las primeras, con las que constituyen una asociación accidental y a veces hasta un sistema de fuerzas espirituales a base de vínculos de coordinación y subordinación. Es muy distinto, *v. gr.*, el culto que a la música rinde un verdadero artista, de la afición que llega a cobrarle alguien en un momento de exaltación y afinidad sentimental por simpatía con la que advierte en un amigo suyo, o en fuerza del provecho que la profesión musical llegara a reportarle. Discernir de ese modo las aptitudes y sobre todo las tendencias primitivas y esenciales de una personalidad, de las injertadas accesoriamente sobre las primeras y por lo tanto sin más vida que la de su savia reciben, es tarea tan necesaria como difícil a la que habrá de aplicarse al descubridor de una vocación.

En cuanto a la misión de *fomentarlas*, se halla también pendiente de análogas precauciones. Se fomenta una vocación, ante todo, *directamente* eliminando los obstáculos que tiendan a ahogarla y suministrándole el alimento necesario para desenvolverse, y un ambiente social propicio por la vía de la ejemplaridad. Pero se fomentan asimismo las vocaciones *indirectamente*, sobre todo cuando son débiles y necesitadas de apoyo, prestándose mediante estímulos ajenos a su contenido interior,— *v. gr.*, premios y recompensas heterogéneas con este contenido—pero enlazados con él en asociación más o menos sistemática dentro del organismo espiritual del individuo en cuestión. En este sentido se ha dicho que el derecho de propiedad, o sea la seguridad de apropiación de los frutos del trabajo humano individual o social, constituye el estímulo más poderoso de este mismo trabajo.

Tanto en orden al descubrimiento como al cultivo de vocaciones, partimos fácilmente del supuesto de que se hallan rigurosamente definidas en su estructura simultánea y fijadas de modo permanente en su desarrollo sucesivo. Pero esta hipótesis no tiene ella misma nada de rigurosa. Es frecuente, por el contrario, el espectáculo de vocaciones vehementes pero imprecisas en su contenido, así como otras de contornos bien delineados aparecen sujetas a notables mudanzas o «conversiones» en el tiempo. La ulterior determinación o transmutación de tales vocaciones complica indudablemente, pero sin alterarlos esencialmente, los términos del problema de su descubrimiento y fomento. Huelga decir, por otra parte, que también las condiciones profesionales se hallan sujetas a continua determinación y mudanza, paralelamente a los progresos de la técnica y de la vida social.

Solo apuntar semejantes problemas es señalar su trascendencia para el doble propósito del perfeccionamiento individual y el progreso social, por lo demás entre sí estrechamente solidarizados. Una educación individual totalmente extraña u hostil al ambiente social resulta estéril para los intereses de la sociedad, como a la larga contraproducente para el provecho del propio individuo así segregado del medio social. Pero una organización social hecha de espaldas a la selección de capacidades individuales cifrada en las vocaciones, no sólo las esteriliza en orden al bien individual sino que constituye una mutilación constante de los gérmenes primordiales de toda cultura. En este como en tantos otros dominios, el individuo y la sociedad se compenetran en sus respectivos fueros vocacional y profesional en tal forma, que un mismo ciclo vital los envuelve en el dinamismo incesante del espíritu humano hacia sus destinos providenciales.